

ETICES

Boletín de Bioética

**Naturaleza y ética:
Aproximación histórico filosófica**



Boletín trimestral de Bioética
Facultad de Medicina y Departamento de Humanidades
Grupo de Investigación ETICES
Volumen 3, número 3
Julio – Septiembre de 2011

Series
EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

ISSN: 2145 - 3373

ETICES

Volumen 3, número 3: julio - septiembre de 2011.

©Universidad CES

ISSN 2145-3373

Hechos todos los depósitos que exige la ley

Diagramación:

Oficina Proyección Corporativa - Universidad CES

Naturaleza y ética: Aproximación histórico filosófica

Juan Manuel Uribe Cano¹

INTRODUCCIÓN

A cielo abierto se constata el impacto de la acción tecnológicocientífica del hombre en la naturaleza. Su acción, que avanza sin freno, no se detiene ante el angustiante y constante padecimiento de la misma. Nada parece detener el desarrollo de la técnica y el impacto sobre la naturaleza. La "antigua" ética, esa que desde múltiples flancos vende la idea de la no responsabilidad individual a favor de la colectivización enajenante, sirve de justificación a esta acción que, en última instancia, habla de abolición de la dimensión individual del sujeto en aras de un favorecimiento a la masificación, cuya consecuencia es el borramiento de la responsabilidad individual a pago de entregar lo más íntimo del ser y de la esencia de sí por las bagatelas de la suntuosidad y el confort generalizados.

Tales formas de la ética han tenido correlatos funestos en nuestras sociedades y el mundo que nos soporta, que nos permite desarrollar nuestra permanencia, en esa forma que nos alberga y que hemos llamado naturaleza. Naturaleza que en su composición interna y en su manifestación externa ha sido tocada por la acción "superior" del hombre y que poco a poco ha puesto en peligro el equilibrio, la armonía de la misma, poniendo en el límite de la extinción la propia existencia de lo humano.

¹ Doctorando en Filosofía. Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad CES. Miembro del grupo de investigación ETICES. Docente del Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. Psicoanalista, Miembro de APERTURA Sociedad Psicoanalítica de Buenos Aires Argentina y de la Asociación de Foros del Campo Lacaniano-Medellín.



Ante este panorama, encontramos la reflexión de un puñado de hombres que ven en la defensa de la naturaleza y la decidida acción de los hombres, la única vía de contener la acción mortífera sobre la naturaleza, la sociedad humana y lo humano mismo. Entre ese grupo de pensadores encontramos la propuesta de Hans Jonas² quien funda el concepto de la biosfera y lo constituye en principio, como algo que ha de conjugarse con la refundación de la responsabilidad individual del sujeto.

En la presente reflexión intentaremos mostrar cómo sería posible dicha re-fundación de la responsabilidad y su cita con la biosfera como evento ético, manteniendo en el horizonte la definición jonasiana sobre la biosfera.

² HANS, Jonas. El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica. Barcelona: Herder, 1995.

1. Del individuo sujeto a la masificación individual: un borramiento

De la ética heroica a la ética estoica, pasando por Sócrates, Platón y Aristóteles, toda ella basculaba sobre la decisión, la elección que decía, que constataba la existencia de la esfera política y de la libertad. Ser ético, entonces, suponía tener capacidad y potencia para adelantar y presentar su decisión, su acto; de suerte que decirse ético era decirse político.

La política en Grecia no se confundía con el oficio o profesión de la cual hoy sufrimos, reunía al logos, la *dinamis* (potencia) y a la *energeia* (acto), en la elección de decidir, lo que posibilita hablar de la existencia de una poli (é)tica, donde el acto, la acción, a la que conduce la decisión inmiscuye la responsabilidad del individuo-sujeto.

Ser poli (é)tico es responder, hacerse cargo de las consecuencias de la acción sin poder acudir a la divinidad, a la fatalidad, como culpable de la misma; a no ser en casos de locura, ate, donde el individuo-sujeto no está presente en el soma.

La responsabilidad individual estaba garantizada desde la *Paideia*, la civilidad era la finalidad de todo el aparato estatal educativo, garantizando así la singularidad del individuo que debía y se debía al colectivo de la ciudad sin caer en masificaciones.

El individuo-sujeto griego participaba desde la singularidad, la diferencia, ante iguales. Las diferencias, las singularidades, eran lo que sostenía la "democracia" de aquel periodo extra-ordinario, por su capacidad de mantener y soportar la singularidad en medio de una universalidad que identificaba a los particulares en un todo.



La responsabilidad, entonces, poseía por lo menos tres frentes donde se realizaba; a saber: a) para consigo mismo; b) para con los semejantes y para con la divinidad. Cada uno de estos frentes estaba estrechamente ligado a la vida, al pensamiento y la naturaleza.

En este sentido, en el primer frente tenemos que la responsabilidad para sí mismo se pone en la línea del cultivo del bien: bien pensar, bien decir, bien actuar, hasta el bien morir, gracias al asumir la tarea del pensar por sí mismo, produciendo principios constantes en el pensante.

En el segundo, se realiza lo que en el primero se ha construido, el principio de la acción sobre el semejante, genera tolerancia y da distancia para con él; es un ponerse en los zapatos del otro, ponerse en el lugar del otro en el intento por comprender su acción-elección y no sojuzgar desde la atalaya propia.

En el tercero, quizás el más difícil, se concretan las dos anteriores; es decir, responsabilidad para con la divinidad, lo que equivale a responsabilidad con la naturaleza; naturaleza

que es principio divino, de donde los hombres aprenden de la existencia de la ley.

Es así como la ley natural, modelo matemático y geométrico, en la primera, ha de ser respetada desde la distancia y la tolerancia en la acción del individuo - sujeto y en la segunda, como en la acción mancomunada de lo político.

Ahora bien, el carácter de divinidad de la naturaleza le hacía eterna, se pensaba que siempre preexistiría y que ninguna acción, ni individual, ni colectiva podría desaparecerla; pensar de otro modo sería para el hombre griego motivo de burla, pues su vastedad da al traste con la insignificancia temporal, espacial y corporal del hombre.



Además de esta razón tan evidente, debe pensarse en una de más alcance e importancia con la cual se explica la relación del individuo - sujeto griego, y la naturaleza. Una razón que no se pone del lado de la comparación hombre - naturaleza, sino del lado de la comprensión y concepción del mundo.

El individuo - sujeto tenía por esencia, por su ser, al logos que habilita una pregunta al ente hombre sobre su esencial condición de mismidad. El ente hombre puede preguntarse por su ser y su esencia, creando la verdad como posibilidad de sí y de lo otro, semejantes y de lo divino.

El ente hombre poseedor del logos, ve lo otro de sí y lo divino, naturaleza, como entes que viven, que vibran en una frecuencia que les es propia y en ello reconocen su ser. Los entes poseen ser... la naturaleza es un ser que a diferencia del ente hombre no se pregunta por sí, no le es necesario para su existencia, pero del cual el logos puede dar cuenta.

El ente-ser natural es suficiente para explicar el justo respeto que el hombre griego sintió en su veneración por la naturaleza y el reconocimiento de la más fundamental dependencia de ella. El hombre-logos, el individuo-sujeto, debía respetar y convivir con el ente-ser natural y reconocerse en él. Empero, este "idilio" hubo de romperse en los tráfgos de la Historia.

El advenimiento de Alejandro Magno, su narcisismo y egotismo, cambian el mundo, todo lo conocido y respetado, a pesar de su filiación a la cultura griega, llegando a cambiar la esencia de la *Paideia*, de la civilidad y el ser del hombre.

Sin entrar en detalles históricos, en el presente podemos afirmar que la desaparición paulatina de la responsabilidad individual del sujeto inicia con El Magno hasta llegar a su borramiento a partir de la Modernidad, en donde el discurso científico y el capitalismo, bien en estado naciente o arraigado, hacen su presencia.

Estos cambios radicales, que se leen desde esa pérdida de la responsabilidad individual, no cambiaron la concepción sobre la naturaleza en tanto su eternidad, a su presencia constante y garante; pero, desgraciadamente, sí la desposeyeron, le arrancaron su condición de ente-ser, con lo cual se hace de

ella el reino de las materias primas. Útiles para el servicio del hombre que, ahora, se hace masa, entregando su original y esencial pregunta por sí, por lo otro y la naturaleza, detrás de la obtención del confort y la suntuosidad en la naturaleza que ha inventado. Es en esa segunda naturaleza, pura artificialidad, puro artificio y amaño que gana espacio a la original y fundamental naturaleza primera, a ésta que nos debemos desde los principios de los tiempos.

La ciencia moderna reclama objetividad desapareciendo al sujeto, exige responsabilidad en la producción del saber y de sus artefactos a costo de la responsabilidad subjetiva, de la muerte de la cosa, creando un imperativo que se extiende como una sombra en el mundo, éste dice: "producir, objetivo para la riqueza", este imperativo une ciencia, utilidad y capital.

Esto último constituye el rasgo constitutivo de la ciencia positiva y del capitalismo como correlato de la acumulación, bajo el supuesto de la apropiación de objetos sin valor perenne, instalando ambas realidades en el hombre. En el corazón del hombre moderno habita la plusvalía y un deseo que no se colma con nada y no se detiene ante nada; nuevo correlato del imperativo: más, más, más...

El ser del hombre queda atrapado, fijado desde el ideal de tener, poseer y consumir, un plus banal que en el fondo se sostiene en la pérdida para el hombre de su individual responsabilidad y disfrute, en la pérdida de la naturaleza como soporte fundante de la experiencia y de la vida.

Al constituir una segunda naturaleza, esa que Jonas llama la ciudad universal, donde lo que habita es una masa que representa a lo humano en su género y no al sujeto en su singular e individual condición, el primado, la esencia de esta masa, que pasa por uno sin serlo, la constituye el progreso en la técnica, en el avance sin límite en este campo que no tiene donde detenerse, pues concreta los ideales dieciochescos:

fraternidad, libertad, igualdad y progreso, desde la ilusión de la urna de cristal que se autoabastece, que se puede sostener sin la competencia de factores exógenos a ella.

Parecería que hemos reclamado un estatuto de independencia en donde la libertad, ese recinto de imposibles absolutos, se consume en la técnica como esencia, lo que nos lleva a sostener que se ha consumado el reino de la metafísica, que hemos llegado al lugar último en donde se ha transcendido a la naturaleza para encumbrarnos al recinto de los dioses de donde estamos desterrados.

Un más allá, entonces, se cumple con esta acción. El hombre se ha abandonado al plus, el ser se ha entregado a la consumación del proyecto de acabarlo todo para todo ser, hemos ingresado en la estupidización filibustera de creer que estamos solos, que no hay nada más, que esos más que reclama aún más y termina en un peor para todos.

En una palabra, el hombre avanza mientras no hay reversa, no hay vuelta atrás, para su original fundamento, la naturaleza; el hombre ha realizado el proyecto de la metafísica moderna, su proyecto abarcador totalizante y, con ello, se ha mantenido en la "antigua" ética.



2. Aproximación al cambio ético

Jonas, siguiendo a Heidegger, nos sugiere que hemos de transvalorar los valores antiguos de la vieja ética; nos propone volver a resucitar, tras la superación de la metafísica, la responsabilidad individual, a que levantemos la voz para resucitar al sujeto.

Un sujeto que, manteniendo una relación con el todo, esté presto a saber que solo él, desde el logos, puede ser sujeto de los deberes y, en tanto tal, el responsable de la vida de los otros y de la naturaleza, en el intento por realizar un proyecto en donde la devastación no sea el colofón, sino el sostenimiento de lo uno en lo otro y viceversa.

Este horizonte reclama un re-componer la consciencia del sujeto en pro de garantizar el libre desenvolvimiento de la otredad sin una intervención de amo a esclavo, en donde este último puede desaparecer a voluntad de aquel que se cree el amo.

Este recomponer la dimensión de la responsabilidad del individuo es tener la posibilidad de establecer una relación desde el logos y su consciencia con aquello que perteneciendo a la esfera de lo ente tiene en su interinidad a un ser que reclama respeto sin que por ello deje de cumplir con su natural función de servir al sostén de la cadena de la vida; razón que equilibra la naturaleza y mantiene en su lugar al sujeto, tal como lo denuncia la etimología de la misma palabra (*subjectum*), ser en su esencia el que sabe que depende, que está sujeto a los otros y a la naturaleza y por ello ha de responder por ella.

En este sentido, contrariamente a lo que podría presuponerse, la naturaleza no es un presupuesto, es lo puesto allí definiendo los aquí y los ahora; fundando entonces el espacio-temporal y con ello las dimensiones de lo posible. Toda la naturaleza o la naturaleza toda, creada o evolucionada, no importa aquí,

alberga el principio de la diferencia y posee la multiplicidad como su en sí, en ella se realiza lo posible como Uno, que si bien diferenciado pertenece por principio a su origen, a la naturaleza.

Es así como el hombre provisto de logos puede aparecer como una posibilidad realizada que, en tanto poseedor de esa herramienta diferenciadora y productora del orden simbólico y del concepto, toma distancia de su origen operando una ilusión universal y flagrante; esa ilusión que crea una distancia infranqueable entre la naturaleza y el mundo del hombre, al punto que tomamos el origen desnaturalizándolo bajo la denominación simbólica de mundo natural.

Este mundo natural es para el hombre y su mundo el lugar donde la diferencia y lo múltiple se ofrecen como objetos, unos para el conocimiento y otros para el consumo que soporta la existencia y sobrevivencia del hombre.



Podría arriesgarse que antes de que el hombre se vuelque sobre sí mismo y se haga objeto del conocimiento, es la naturaleza la que promueve los objetos que han de ser conocidos; sin ella el conocimiento no hubiese sido posible, lo que demuestra que la naturaleza funciona desde el advenimiento de lo humano como su *telos*.

En este sentido debe admitirse que no existe un objeto unificado de la naturaleza y, sin él, la imposibilidad de hacer de ella un concepto de validez universal. La naturaleza funciona como telos que en apariencia no puede ser agotada, amén de su multiplicidad y la variedad desconocida que habita en ella.

La naturaleza no es entendida como un en sí en su conjunto, sino que se la limita a la sumatoria de lo diferente, de lo múltiple, en donde la mirada se hace necesariamente limitada y cercana, se diría miope, para negarse a entender que la transformación de lo inmediato y cercano tiene consecuencia en lo lejano mediato.

De todas formas la naturaleza en su inagotabilidad, al convertirse en mundo natural, es el *telos* en donde se realiza la acción y la actividad humana y la vida misma en pleno sentido.

Empero, al ser lo radicalmente diferente de lo humano, la naturaleza no posee una consciencia ni yoidad; en suma, el *telos* es objeto del conocimiento que pertenece y es significado desde el hombre. Lo que hace entendible que no sea un objeto ético, pues se supone que sólo debe existir una normatividad, una norma de convivencia en donde la consciencia hace a la acción consecuencia, en donde el cálculo es posible desde una razón mensurable.

En apariencia el mundo natural no responde, no habla. A pesar de poseer lenguaje, no se queja, no siente, no se acaba, no interactúa con consciencia, está sólo para ser conocido y explotado, no actúa como Uno.

El mundo natural no puede ser confundido con la naturaleza; esta última realiza todo lo contrario al simbolizado que se hace de él. Responde, se queja, interactúa, siente, se extingue, reconoce y actúa como Uno; es decir, vive y exige ser respetada por aquello que advenido como posible no puede negar su filiación al origen.

Mientras se entienda que el mundo de la naturaleza es *telos*, los hombres no tienen otra posibilidad que marcar la distancia con el mismo, negar su estatus de vivo y de Uno a la naturaleza, de no reconocer que habita en el origen y depende directamente de este organismo en donde no somos sino una simple posibilidad realizada.

De suyo, la naturaleza entendida como mundo desposeído de consciencia no podría advenir objeto de respeto ni consideración alguna del lado de la reflexión ética. Aunque la naturaleza en cuanto tal, en sí, siempre está puesta del lado de lo viviente, el mundo natural aparece como un convidado de piedra, como un muerto que sólo soportaría el "exclusivo mundo de los logofagos".

Sin embargo, viva o muerta, ella siempre está ahí, delante, atrás, encima, debajo, fuera, dentro, en todas partes, garantizando el *telos* de la vida... una vida que tiende a morir en la muerte, el no reconocimiento de la naturaleza como viva y Uno, en la falta de toma de consciencia del hombre.

Bien conocida resulta la cita del Leviatán de Hobbes, "el hombre es un lobo para el hombre"³, que sin mayores afanes de profundidad se pone al servicio de la falta de consciencia del ser privilegiado y ético respecto a sí mismo, lo semejante y lo otro.

3 HOBBS, Thomas. Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica civil. Traducción y prefacio de Manuel Sánchez Sarto. México: F.C.E., 2001.

De la ética utilitaria a la ética capitalista se registran y constatan multiplicidad de cambios respecto a la naturaleza y su dominio; sin poder aquí desarrollar este tema, sería imposible no nombrarlo por lo menos, entre ellos está el operado por Bacon, quien le dará el espaldarazo definitivo a la constitución de la ciencia moderna desde la promoción de la técnica como extensión del poder limitado de la acción del hombre.

Con ello, la naturaleza deja de estar representando el orden divino canonizado en el Medioevo para pasar a ser simplemente un útil del cual hemos de servirnos, no solo para el conocimiento, sino desde la explotación misma; es decir, con Bacon, la naturaleza pasa a ser reservorio de materias para la transformación y suntuosidad.

La naturaleza es puesta en lugar de lo dominado y despojada de una finalidad en sí misma. Esto trae como consecuencia un avasallador tráfago sobre la naturaleza, que se piensa inagotable, para hacer con ella lo que al capricho y al sentimiento colonizador del hombre se le antoje.



Piénsese además en el capital y su azarosa referencia al mercado de valores, fijado en la utilidad inmediata, y tendremos un panorama que incluye la hecatombe en pro de los empirismos consumistas. Esta lógica sumada a la técnica no considera la acción en sentido pragmático ni programático, solo calcula en la inmediatez, reconociendo como objeto exclusivo el capital y la acumulación por la acumulación.

En ese orden de ideas, el mundo natural, ese muerto, está hecho para la acumulación, la transformación y la utilidad; es decir, redefine el valor pero le niega el valor de vida, de *telos* a la naturaleza, la mata tanto en el orden del concepto como en el orden de lo real.

Ante esta realidad se reacciona, ante esta realidad se preparan dispositivos, que en algunas ocasiones no son más que romanticismos que advirtiendo la propia extinción del hombre como hombre, se proponen “salvar” la naturaleza por fuera de aquello que la ha precipitado a su estado actual.

Si la técnica y el capitalismo y la ética de la utilidad consumista han llevado al estado actual, son ellas las encargadas de recomponer el camino, tesis que ha trabajado en extenso Heidegger en *La pregunta por la técnica*, produciendo un efecto de consciencia en el hombre que le lleve a reconocer el estatuto de Uno y de viva a la naturaleza, que le conduzca a considerar la existencia autónoma de un objeto que exige compromiso y responsabilidad.

Ese objeto denominado por Jonas, como biosfera, es el intento por reconsiderar a la naturaleza como *telos* y origen de lo humano, conducente a una toma de consciencia pragmática y universal de la acción que exige una apuesta por un mañana, en donde el ideal de la armonía y complementariedad sean por lo menos asunto a concretar detrás de una justeza legítima y reafirmada en el orden de la legalidad.

Una biosfera, un *telos* que vive, es la necesaria condición para el futuro de la especie y de los mundos del hombre, tratada en la responsabilidad y con responsabilidad ética que produce un equilibrio respetuoso.

Para terminar, sostengamos que este encuentro, que en verdad es más un re-encuentro con la ética, en donde la biosfera, la totalidad viva pensable, vivible, imaginable, concreta y abstracta nos reclama desde su voz agónica, será posible detrás de abolir los imperativos que señalan que el hombre es el ser por excelencia y, postulemos un nuevo imperativo que nos habilite para habitar lo ente, respetando su ser que no es otra cosa distinta a su justa aparición en el mundo para servirlo y mantener la vida como el *súmmum* de la organicidad superior.

A modo de conclusión

En todos los tiempos, en todos los momentos históricos encontramos un modo particular de vivir, practicar y pensar en torno a la praxis del hombre. Sus relaciones intersubjetivas, sus relaciones con el ambiente inmediato y lejano, llámese naturaleza o biosfera, con lo inmediato y consigo mismo, definen los elementos y objetos de la ética en su sentido amplio y restringido.

Nuestra contemporaneidad, nuestro hoy, enfrenta una crisis sin paragón tras el advenimiento de la lógica del plus valor, el capital como riqueza, en todas las relaciones que estudia la ética. Una crisis que exige ser pensada y actuada conforme a lo que nos ha legado nuestra tradición que se amarra inexorablemente al mundo de la Grecia clásica y nos provee de los insumos para enfrentar la misma.

Un pensar y un actuar que nos exige recrear la tradición para crear las vías que permitan un establecimiento de esas relaciones en pro de equilibrio en medio de las diferencias; un pensar y un actuar que sirva como bastión defensivo

ante el inevitable embate de esa lógica plusvalente y sus manifestaciones globalizantes.

Un pensar y un actuar que no concluye sino que sigue abierto en su intento por resistir y convivir; un pensar y un actuar que nos invita a la tarea, al trabajo de todos desde la atalaya que habitamos y nos habita. Un compromiso que abre más que cerrar el tiempo propio del ser humano y sus relaciones humanizantes con sus semejantes y la naturaleza. Una invitación por el mañana posible.



Bibliografía

FOUCAULT, Michel. Estética, Ética y Hermenéutica. Introducción, traducción y edición a cargo de Ángel Galibondo. Barcelona: F.C.E., 1994.

HANS, Jonas. El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica. Introducción de Andrés Sánchez Pascual. Barcelona: Herder, 1995.

HOBBS, Thomas. Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica civil. Traducción y prefacio de Manuel Sánchez Sarto. México: F.C.E., 2001.

PLATÓN, Alcibíades I y II, Obras completas T. VII, Traducciones, introducciones y notas por Juan Zaragoza y Pilar Gómez Cardó. Madrid: Gredos, 1992.

Envíe sus comentarios y sugerencias a través de las siguientes direcciones:

juribe@ces.edu.co
fochoa@ces.edu.co
jwosorio@ces.edu.co
jtaborda@ces.edu.co

Integrantes del Grupo de Investigación ETICES:

Francisco Luis Ochoa J. Médico. Magíster en Epidemiología.
José María Maya Mejía. Médico. Magíster en Salud pública.
J. Mauricio Taborda A. Filósofo. Magíster en Filosofía con énfasis en Ética.
John Wilson Osorio. Historiador. Especialista en Educación.
Santiago Henao. Médico Veterinario. Candidato a Doctor en Bioética.
Jorge Humberto Molina O. Historiador. Magíster en Hermenéutica Literaria.
Mario Fernando Arenas S. Filósofo. Magíster en Hermenéutica Literaria.
Luis Fernando Toro P. Médico. Magíster en Epidemiología.
Stella Navarro. Médica. Intensivista. Magíster en Bioética.
Juan Manuel Uribe. Candidato a Doctor en Filosofía.

Imágenes tomadas de:

www.ingimage.com

ETICES

Boletín de Bioética

**Naturaleza y ética:
Aproximación histórico filosófica**



Boletín trimestral de Bioética
Facultad de Medicina y Departamento de Humanidades
Grupo de Investigación ETICES
Volumen 3, número 3
Julio – Septiembre de 2011

Serie
EDITORIAL
CES



UNIVERSIDAD CES

Un Compromiso con la Excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

ISSN: 2145 - 3373